

VALORES QUE DEBIERAN PERDURAR⁷⁵

Entre los valores transmitidos por la Colonia que debieran perdurar, figuran: en primer término, las virtudes que a la mujer mexicana adomaron en la época colonial, y enseguida, las varoniles y recias cualidades del ranchero, tal como la Colonia lo forjó.

La mujer de entonces —cuyas cualidades subsisten en muchos santos hogares de México— esa mujer, poderosa por la fe, por la piedad y por la abnegación, dejaba a las puertas del hogar todo egoísmo, al darse un hombre por esposa.

Desde ese instante la mujer mexicana fundía su personalidad en la de su marido, para no ser los dos sino un solo ser, un solo espíritu, una sola carne —dos carnes y dos almas en una.

Las atracciones de la vanidad y las solicitudes del placer —de esa serie de sanas diversiones y de placeres son éstos que formaban la trama de la vida para una joven de entonces— quedaban para siempre suprimidas quedaban recluidas en el pasado. La mujer, la esposa empezaba a vivir para su hogar y sólo para él. Desde ese día, desde el día del matrimonio, la mujer prescindía de todo lo que estorbase o pusiese en peligro la plenitud, la pureza y la honestidad de la vida hogareña.

Se entregaba la mujer a su esposa casta pero integralmente, en cuerpo y en alma. De allí en adelante todo su afán, todo su empeño habría de consistir en agradar a su marido, en ayudarlo y en sostenerlo para la realización de la obra común: el sostenimiento de un hogar venturoso que a los hijos sirviesen de espejo, de consuelo, de orgullo, de refugio y de amoroso estímulo para el bien obrar.

Ningún sacrificio escatimaba para ello la esposa y la madre.

¿Era preciso pasar en momentos, en cortas o largas temporadas, por todo género de privaciones? Para ello estaba siempre pronta.

75 El Universal, 14 de febrero de 1945.

¿Se necesitaba economizar, prescindir de cosas agradables, de cosas superflas o de artículos de vanidad o adorno? Nadie como ella para hacer prodigios de buena ama de casa, para hacer lucir y rendir, los escasos recursos, para ayudar al esposo a sacar a flote la nave del hogar, amenazada de hundimiento por la penuria.

¿Hacía falta consumir la salud, sacrificar el sueño y el reposo, para atender al marido o al hijo enfermo? Para la mujer mexicana ha sido siempre eso cosa llevadera, sacrificio que se hace con espontaneidad, como algo natural y que el corazón sin discutir acepta.

¿Se conducía mal el esposo, faltaba a sus deberes, se veía atraído por pasiones que de momento lo apartaba de su hogar? Había que esperar, con cristiana paciencia, la regeneración, el arrepentimiento, el retorno.

Los brazos y el corazón de la mujer estaban siempre abiertos para la reconciliación. Extravíos y escapatorias serían, sin reserva, perdonados; un velo se arrojaría sobre los pasados incidentes, turbios o borrascosos. ¡Es tan grande la dádiva del perdón!

Lo importante era y es, para la mujer amante de su hogar, salvar el tesoro de la paz doméstica, devolver a los hijos la tranquilidad, conducir a buen puerto la nave de la familia.

Se sabía entonces, y jamás se olvidaba, que el vínculo conyugal era irrompible. Había que apretarlo en vez de deshacerlo.

Ser la fiel y abnegada compañera, dispuesta a sufrirlo todo, con tal de cumplir el deber de ayudar al esposo a sobrellevar las cargas de la vida: tal era la misión que se trazaba, dispuesta siempre a cumplirla, la heroica mujer, orgullo y presea del hogar patrio.

En la vida de esas mujeres, que fueron nuestras abuelas y nuestras madres, contempló la Colonia, contempló el México independiente, el diario espectáculo de las más altas virtudes. Allí se incubó la grandeza de la raza. De allí salieron nuestros héroes y nuestros apóstoles.

Ese tipo de mujer —para dicha nuestra— subsiste aún en el rincón de la provincia, en la plácida quietud de los campos, en el refugio altivo de nuestras montañas, a donde no llegan las emanaciones ni las miserias de la gran urbe. En esta última, sin embargo, el hogar se defiende todavía —si bien no siempre con éxito— contra el ambiente malsano, contra las nuevas costumbres, cada día más contagiosas. Allí es donde el “snobismo” causa estragos. Penoso es, pero preciso, confesarlo.

En vigoroso contraste con el tipo de latifundista feudal, ocioso y frívolo, disoluto o apático, inútil y vano, a quien el ausentismo aleja de sus vastos

dominios, se destaca en la Colonia otro elemento social con características del todo diversas.

Ranchero se le llama, y con orgullo acepta y lleva ese título, esa denominación, pues es el hombre consagrado a su rancho, a su heredad modesto que no cambia por el mejor palacio de la ciudad más ostentosa.

Opuesto en lo absoluto al tipo del hombre agotado o ensombrecido por la urbe, el ranchero representa la acumulación de las más altas y nobles energías de la raza.

Dispuesto siempre a desafiar todas las inclemencias de la naturaleza, por hostil que ella sea, acostumbrado a arrostrar todos los peligros y a vencer las más recias dificultades; sereno y valiente, gran amigo y en su enemistad temible, generoso con los débiles y los necesitados, altivo con los soberbios, incapaz de arredrarse o de sufrir en silencio humillaciones; atento siempre al cuidado de su hogar y a la defensa de su honor, incansable en el trabajo, magnífico jinete, enamorado perenne de la aventura y del riesgo, pronto a sucumbir por una dama o a dar su vida por la Patria, el ranchero fue desde entonces —desde los orígenes de la Colonia—, y ha sido siempre, el máximo representativo de la virilidad de la raza.

Labrador admirable, animoso y constante, no se desanima por los reveses de una mala cosecha, de una sequía pertinaz, de prematuras heladas o de destructoras inundaciones o aniegos. Después de cada fracaso o de una serie de fracasos, vuelve a la labor, torna al esfuerzo con indómita perseverancia, con fe que nunca falla.

Es ese tipo de hombre cabal el más espléndido fruto de la Colonia. Es el charro mexicano, levantado, rebelde, orgulloso de sí mismo, intrépido defensor de la Patria.

Junto a esos labradores de raza, junto a esos campiranos fieles al surco, descollaron también los bravos y hazañosos ganaderos y apareció igualmente ese tipo especial, peculiarísimo, representado por el propietario de “recuas”, el conductor de “atajos”, el hombre dedicado, como empresario, al rudo ejercicio de la arriería.

Varones de verdad estos últimos, resueltos a todo, valientes hasta la temeridad, con músculos de acero y alma de héroes; raza esforzada de donde han surgido muchos de nuestros más preclaros caudillos, de nuestros más auténticos prohombres.

Desde la época colonial, esos hombres acostumbraban recorrer el país de extremo a extremo, “de puerto a puerto”, como en aquella época se decía, y desde entonces prestaron al comercio y al abastecimiento de las poblaciones los más valiosos servicios.

Campiranos, charros, ganaderos y arrieros han honrado y honrarán siempre a la nueva raza, a la espléndida raza salida del mestizaje, que está llamada a tan altos destinos.

En el pasado dieron ellos los más numerosos contingentes de bravos luchadores para la defensa de la autonomía nacional y para la salvaguardia de los derechos del pueblo. En el futuro ellos han de ser los creadores de pujante agricultura que sirva de base incombustible al progreso económico y espiritual, moral y cívico, de la fuerte nacionalidad mexicana.